

de la caída de este imperio o su regeneración.

He ahí por qué aquel hombre pequeño que llegará a Inglaterra en la cubierta de uno de sus poderosos navíos hará estremecer con su sola presencia las orgullosas instituciones del imperio. No desoigamos la lección del Mahatma que como el divino Rabbí, habla en nombre del amor, la suprema ley, que es la fuerza del *Satyagraha* y fuera de cuyas normas eternas, el hombre, según enseña la Escritura, no es más que una piedra insensible.

Este episodio, para muchos circunstancial y político—la lucha de un espíritu contra la injusticia de un imperio—, tiene por su propia sustancia un significado totalmente universal.

Como definición del “estatismo” frente al “dinamismo”, porta, en su rica entraña, fecundidad de simiente.

El puñadito de sol que recogiera el apóstol en las soleadas riberas de la India milenaria está llamado así a devolver el sabor al insípido anhelo de las gentes contemporáneas, engendrado por el trágico connubio de la violencia y el ruido.

Huésped austero de la inacción — esa fuerza inmóvil que es mayor que toda fuerza—, el maestro del *Satyagraha* es in-

Fernán Félix de Amador

Hégel...

(Viene de la página primera).

hallamos en los doctrinarios más importantes de Europa. Los filósofos no son una moda. Su boga no pasa. Podremos aceptar o no sus conclusiones, pero encontramos en ellos siempre lo esencial del pensador, que es una síntesis de la cultura de su tiempo y el inalterable mérito del pensamiento en sí. Hegel era genial. Ha construido un vasto edificio y ha planeado caminos. Y en las universidades de las naciones serias, su espíritu persiste y su obra vive. Este gran alemán, tan genuinamente alemán, pertenece ya a la humanidad.

Alberto Gerchunoff

vulnerable como la luz de la que es humilde mensajero.

Desmaterializado y puro, frente a un mundo sumido en la materia y la impureza, reafirma con su perpetua sonrisa —llanto transubstanciado en amor— el supremo aforismo del bienaventurado Bhagavat, que cristalizará en su verso Vigny:

*Seul le silence est grand,
tout le reste est faiblesse...*

Noticia de libros

= Envío del autor. =

El libro síntesis de Fiallo

Fabio Fiallo nos envía su libro síntesis. Es una colección apretada de sus poemas de varios lustros que se depositan en uno de los parvos tomitos de “las mejores poesías líricas de los mejores poetas”, editados por la Casa Cervantes. Fiallo repartió sus dones entre la política y la poesía: la Patria y la Dama. A la primera ofreció el acero de su ánimo y fueron para la otra las flores de sus madrigales. El poeta dominicano, por afinidades claramente apreciables, está cerca de dos cantores de nombre inolvidable; el lírico sevillano y Enrique Heine. Como en el suspiro de Bécquer, sus recuerdos le fluyen fácilmente en la ritma y suele apuntar, a veces, ironías amargas como las del poeta alemán, suavizadas, no obstante, en el vértice de su vuelo, por esa vida de florido gusto que no ha dejado escarcha en sus sienas de sesenta años.

“En sus versos, como en sus cuentos, es siempre un puro, un fino, un noble poeta” dijo de él Darío, e insinuando la medida del poeta lírico, inmensurable en la sugestión, pero de límite formal, añadió: “Su lírica es a cortos vuelos, a suspiros, a quejas, a caricias. En vano buscaréis virtuosismos, cosas funambulescas, habilidades de que han usado y abusado muchos de nuestros notorios y no notorios pianistas del verso.

El sentimiento, he ahí su fuerza. Piensa a través de su corazón”.

La poesía lírica retuvo en su expansión universal algo como la búsqueda inquieta de nosotros mismos. Por eso preferimos a los poetas que se descubren, sin la sospecha de que sonreiremos junto a la escena que vivimos, o pudimos vivir. La confianza que les surte en delicada estrofa, tiene el nacer, el deslumbramiento de lo único y se desprende de la raíz anímica como destinada a vivir en una sola alma. Por eso es cálida de jugos vitales. Pero no fuera durable sin esa dúplica virtud, a la vez suspensa y viajera: parece secreto, quizá lo fué en su germen, mas su destino es para que lo profanemos y allí reside, precisamente, la explicación de su longevidad. Las golondrinas de Bécquer han formado un nido de besos. Heine tonifica, con su elixir amargo, todo precoz desengaño.

Fiallo confía vagarosas impresiones a la forma antigua de la lira. Convierte en perdurable esencia el encanto de aquellas flores cuya existencia no daría más que para la gloria fugitiva del matiz o el pasajero logro del perfume. No quiere contar nada de sus amores con detallada plática de novicio. Se recata, pero nos deja adivinar de qué dulces alcázares vuelve al tra-

bajo espontáneo del verso, para que no fugue su recuerdo. Como a casi todos los poetas líricos le tienta el escorzo de figura del cuento y su lápiz se afirma, de propósito, para el cuadro inconcluido: siempre hay tres mujeres en un óleo fresco, y siempre, detrás del instante que se copia en miniatura o se envanece en los tonos de la distancia, el poeta, sin calculado artificio, llega para buscar a la pequeña, a la soñadora, a la resuelta...

Fabio Fiallo, milite como Garcilaso, gobernante de su tierra de las Antillas, “alma de perla”, como le llama Rubén, ostenta un oriente de la luz poética.

Los cuadernos poéticos de Castañeda Aragón

En las páginas de esta revista y en un estudio a propósito del verso nuevo en América, dijimos algo del acierto de itinerario de la *Geografía pintoresca* de Castañeda. El último cuaderno de sus poesías, *Faro*, ilumina nuevas distancias marítimas y padea en la línea de otras costas recién descubiertas. Castañeda prefiere el micro-poema para su nota cosmopolita y la metáfora de violenta trasposición, visible, concreta:

“Mar de vidrio—mar de vidrios rotos—este mar — de esta costa. — Las gaviotas—se rompen las alas. — Botellas verdes — rotas...” ; “La gorra del grumete—rueda por el Malecón.—La persiguen unos niños—y el grumete, corriendo—tras ellos—es otro niño más...” ; “Algeciras, bazar de moros, —Algeciras—oro y azul,—eres un gran—Mantón de Manila...” ; “Cenizas de Colón y de Bastidas.—Alcázar en ruinas.—Basilica, grávida de historia.—Y el mar violento y verde.—Y las palmeras, como árabes—en el desierto, postradas—al paso de los ciclones...”

La fuga del cielo uniforme ha de marcar-se, así, con los encuentros proteicos del mar y la filosofía diversa de las costas: el pavor del tiburón y el avance piadoso del bufeo. El untuoso aire marino que nos limpia de las tristezas de la tierra. La rama de coral para los buzos. Las palmeras húmedas de rocío o la sequía del arenal tendido al paseo de los cangrejos...

Otro cuaderno: Orquesta Negra. ¿El concierto moderno de los jazzbandistas? Mas bien ese desacorde ritmo de marchar por extraños caminos, atentos a la vida que ya no recuerda nada de patriarcales reposos: orquesta negra, jazz, loa de la sombra, madrigal de café, las torres ebrias, tragaluces (fuente del campo: miniatura bucólica, abandonada, como un ojo que no pudiera ver!), timbal, turf, campana de la sierra, lavandería china, tramonto en el río...

Por eso el poeta señala, en su viaje, tantos sitios disímiles. Por eso piensa en la orquesta que reúne lo discordante e impulsa,